



17 de abril de 2022

Domingo de Pascua

I. NOTAS EXEGÉTICAS

Hch 10, 34a. 37-43 *Hemos comido y bebido con él después de su resurrección*

Este es el primer discurso de Pedro, ante un auditorio no judío. La autoridad de Pedro, así como la importancia de la escena, harían que las palabras que pronunció quedasen bien grabadas en la memoria de los oyentes, palabras que incluso llegaron a Lucas, quien las inserta en su Evangelio.

El pasaje se halla inmerso en la narración de la expansión de la Iglesia fuera de Jerusalén, concretamente en el contexto inmediato de la visión nocturna de Pedro en Jope y lo acaecido con Cornelio, razón por la cual las palabras de Pedro tienen la intencionalidad de compartir la convicción profunda que ha adquirido, respecto del carácter universal de la salvación, que comienza por el pueblo judío y llega efectivamente a los paganos, quienes por la fe purifican el corazón y conocen a Dios.

En la estructura misma de este discurso, se distingue una presentación muy sintética de la vida de Jesús (v. 37-41), a quien Dios constituye juez de vivos y muertos (v. 42) y de quien dan testimonio todos los profetas (v. 43). En este pasaje se reconoce la dinámica propia del kerigma: quien anuncia está lleno del Espíritu Santo; el anuncio es a una comunidad orante, la centralidad el mensaje es la vida, pasión, muerte y resurrección del Señor, y suscita la conversión permanente.

Cuando presenta a Jesús, Pedro hace el énfasis de que los apóstoles son “testigos de su resurrección elegidos de antemano por Dios”, que han comido y bebido con él después de que resucitó de entre los muertos, recibiendo así el encargo de predicar al pueblo y de testificar que ese Jesús de Nazaret ha sido constituido por Dios “juez de vivos y muertos” (v. 42), expresión que resulta fácil de comprender para el auditorio gentil, usada en otros lugares de la Escritura y que pasará luego al Símbolo de los apóstoles. Además, exhorta a creer en Jesucristo, ya que así es posible obtener el perdón de los pecados.

Salmo 117

Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo.

Es el último salmo del grupo aleluyático que conforma el “Gran Hallel” y rezuma un profundo sentido eucarístico. Este salmo se circunscribe a una gran solemnidad pública, donde se entona un himno de acción de gracias por una victoria recientemente obtenida contra los enemigos de Israel.

Desde el punto de vista literario se evidencia un aire antifonal: una voz recita un verso, y el coro responde con una letanía de frases rimadas en consonancia con la idea principal expuesta por el solista que dirige el coro.

Col 3, 1-4 (Opción 1)

Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo

Con estos versículos, comienza la parte moral de la carta, en la que el Apóstol hace aplicación de la doctrina en relación con la vida cotidiana. En la presente perícopa se les recuerda a los colosenses su nuevo estado de resucitados con Cristo, que les exige vivir para el cielo.

San Pablo parte del principio de que el cristiano, muerto y resucitado místicamente con Cristo en el bautismo (cf. Col 2,12; Ef 2,6), ha roto sus vínculos con el mundo y con sus doctrinas religiosas, habiendo entrado en una vida nueva, la vida de la gracia, vida que posee ya realmente, pero que no se manifestará de modo pleno hasta después de la parusía, cuando todos los miembros del cuerpo de Cristo sean asociados públicamente a su triunfo glorioso. Este nuevo estado pide que la atención de los discípulos no esté puesta en las "cosas de la tierra," sino en "las del cielo," como corredores que piensan únicamente en la meta a la que dirigen todos sus pensamientos. Es esta centralidad del cielo la que debe constituir la regla de la conducta cristiana, subordinando todo al progreso de esa nueva vida, cuya plena manifestación se espera (cf. Rom 8, 14-25).

1 Co 5, 6b-8 (Opción 2)

Barred la levadura vieja, para ser una masa nueva

San Pablo recurre a las obligaciones que la inmolación del cordero pascual imponía a los judíos. Estas mismas imponen figurativa o místicamente a los cristianos la inmolación del Cordero pascual, que es Cristo; y como esta inmolación no ha de repetirse cada año, como entre los judíos, pues ya se realizó de una vez para siempre (cf. Hb 9,12), se sigue que los cristianos estén en perpetua fiesta de Pascua, estando así alejados de toda "levadura" - del "hombre viejo" - y vivir de sólo "ázimos", condición propia de "hombres nuevos".

Jn 20, 1-9 *Él había de resucitar de entre los muertos*

Es el primer día de la semana, y es muy temprano. Este dato es de vital importancia para todos los evangelistas. El lugar del sepulcro se vuelve lugar de búsqueda, de encuentros, de punto de partida y también de llegada. María Magdalena es la primera en llegar al lugar del sepulcro y observa que el cuerpo no está. A diferencia de los otros evangelios, no se dice que María Magdalena lleve algo consigo; sólo que llega temprano y busca el cuerpo de Jesús. Este momento dejará registrado en la memoria de las comunidades el nombre de esta mujer hasta el día de hoy.

Del sepulcro, María Magdalena corre a buscar a los discípulos. Su comunicación es angustiante: “Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto” (v. 2b). Esta sección nos confronta con la humanidad de los discípulos y María Magdalena. Tanto Simón Pedro como el discípulo anónimo (o el discípulo amado) ven el sepulcro vacío y los lienzos y sudarios abandonados, pero llama la atención el singular de la afirmación “vio y creyó” en el v. 8. ¿Por qué, si ambos discípulos corrieron al sepulcro, es solamente el discípulo amado quien “vio y creyó”? Estos versos han ocupado mucho la atención de la exégesis e interpretación. Podríamos pensar que para Juan el testimonio del discípulo amado es muy importante como ejemplo del discipulado. En lo que sí coinciden es que, al ver el sepulcro vacío, ambos discípulos se acuerdan de las Escrituras que su Maestro había mencionado en repetidas ocasiones, y regresan a la casa donde estaban reunidos los demás. Sólo la mujer queda en la tumba vacía.

Vv. 11-13: El grito de búsqueda de María Magdalena se repite en los vv. 13 y 15 y se produce al mismo tiempo que se encuentra con los dos ángeles primero y con Jesús luego, a quien ella confunde con el jardinero. ¿Qué es lo que busca esta mujer de la cual Jesús expulsó siete demonios? Ella está afuera del sepulcro, llorando, preguntándoles a los ángeles dónde estaba el cuerpo de Jesús. La pregunta parece retórica: “Mujer ¿por qué lloras?” Pero es en realidad una pregunta con profundidad teológica, que revela que el cuerpo de Jesús no ha desaparecido, sino que ha resucitado.

II. PISTAS HOMILÉTICAS

1. En este domingo de Pascua la Palabra que se nos ofrece trae consigo la invitación concreta de vivir la Resurrección del Señor como experiencia de fe auténticamente renovadora, en la medida en que no nos limitemos a ser sujetos pasivos de este acontecimiento salvífico, como quien tiene la actitud de quedarse solamente con lo que escucha de otros acerca de ello, sino que, interpelados por esta novedad, con un corazón inquieto, confrontemos profundamente nuestra vida cristiana a la luz de la Resurrección de Jesucristo, a tal punto, efectivamente, de asumir una vida de resucitados, comprendiendo lo que implica e identificando nuestra existencia con la del Resucitado, viviendo como tal.
2. Ciertamente, hoy se hace necesario que tengamos una conciencia fuertemente comunitaria respecto al hecho de vivir el acontecimiento pascual como experiencia fundante en favor de la consolidación de los lazos humanos; porque, en primer lugar, no habría progreso humano ni social, en la medida en que cada uno, de manera individual, buscara quedarse para sí con los signos de la nueva vida a la que nos llama el Señor, sin compartirlos con los otros y, en segundo lugar, porque es con el testimonio sincero de quien ha tenido experiencia de resurrección que, transmitiendo la Buena Nueva, podemos animar a los demás, dando vida y conduciéndolos a la verdad de Dios en Jesucristo.
3. Este mundo necesita de hombres y mujeres valientes, deseosos de ser signos pascuales en medio de las oscuridades que entenebrecen la humanidad y no le permiten interpretar adecuadamente los diferentes acontecimientos, para que su vida, adherida totalmente al Resucitado, impregne y transforme los rincones donde aún no haya claridad. Pidamos al Señor vocaciones consagradas que asuman el compromiso de ser luz y testimonio de Aquel que *resucitó de entre los muertos*, permitiendo que los hombres descubran el camino de la verdadera felicidad.

4. Ahora el mismo Jesucristo se hará presente en el sacrificio perfecto y único del altar, cuyo misterio pascual contemplaremos, comunicándonos con la fuerza del Espíritu Santo la gracia de la resurrección, para que al recibirlo vivamos como *hombres nuevos*, iluminando nuestras propias oscuridades y las que están presentes en nuestras relaciones y entornos.

III. SUBSIDIO LITÚRGICO

MONICIÓN INICIAL

En este Domingo de Pascua celebremos con un corazón rebosante de alegría y agradecimiento el acontecimiento que nos convoca a participar en comunidad: la Resurrección de Jesucristo. Fortalezcamos nuestros lazos comunitarios en torno al misterio pascual y dejémonos iluminar por Cristo, Camino, Verdad y Vida, que nos salva. Iniciemos fraternalmente esta celebración eucarística.

MONICIÓN A LAS LECTURAS

La Palabra de Dios, impregnada de la experiencia del Resucitado, nos invita a adentrarnos en el sepulcro vacío de nuestras vidas para descubrir que Cristo ha resucitado y vive entre nosotros. Acojamos su luz, que es hoy vida nueva para nosotros. Escuchemos con atención.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Presidente Elevemos con gran alegría al Padre Celestial nuestras plegarias.

R./ Por la Resurrección de tu Hijo, escúchanos, Señor

1. Por todos los miembros de la Iglesia, para que animados por el gozo pascual renueven su vida bautismal, acogiendo con alegría la vida del Resucitado y así, viviendo como *hombres nuevos*, sean testimonio permanente del amor de Dios. Roguemos al Señor.
2. Por las familias, para que, sean germen de comunidad y primer lugar en que se viva la vida del Resucitado, propiciando el encuentro con Cristo, y se dejen iluminar por los efectos de su Resurrección. Roguemos al Señor.
3. Por quienes sufren la enfermedad, para que en sus sufrimientos experimenten el consuelo de Jesús y sean bendecidos con la esperanza de que quien yacía en el sepulcro ha resucitado y es luz para ellos. Roguemos al Señor.
4. Por quienes están desempleados y pasan dificultades materiales, para que en estos tiempos encuentren personas comprensivas que les permitan dignificarse a través de un trabajo estable y justo, sintiéndose valiosos. Roguemos al Señor.
5. Por los niños y jóvenes, para que, a partir del encuentro con la persona de Jesucristo Resucitado, abran el corazón a la llamada a la vida sacerdotal y religiosa, siendo testimonio creíble del amor de Dios que ilumine los diferentes contextos del mundo actual. Roguemos al Señor.

Presidente Acoge, Padre de la vida, las súplicas que te hemos presentado e ilumínanos con la luz del Espíritu, para que caminemos seguros por tus sendas. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.